
La sinodalidad en la reflexión teológica actual

Synodality in Current Theological Thought

RECIBIDO: 30 DE MAYO DE 2017 / ACEPTADO: 2 DE OCTUBRE DE 2017

José R. VILLAR

Profesor Ordinario de Teología Sistemática
Universidad de Navarra. Facultad de Teología. Pamplona
orcid 0000-0002-1272-3447
jvillar@unav.es

Resumen: La sinodalidad eclesial se fundamenta en la implicación de pastores y laicos en la Iglesia-Comunión. El ejercicio de la sinodalidad no se limita a las formas jurídicamente reguladas, sino que es la forma eclesial permanente de cooperación de todos en la Misión. El modo propio de cooperación de los laicos con los pastores es tratar y ordenar según Dios los asuntos temporales. Esta forma de participación no es una posibilidad facultativa para los laicos ni opcional para la Iglesia. Además, los fieles laicos ejercen servicios comunitarios, uno de los cuales es la función consultiva.

Palabras clave: Iglesia, Sinodalidad, Misión.

Abstract: Ecclesial synodality is rooted in the commitment of pastors and lay people to the Church-Communion. Synodality is not limited to legally stipulated forms, but is the ongoing mode of ecclesial cooperation among everyone involved in the mission of the Church. The ways in which lay people cooperate with pastors is to address and arrange temporal affairs in accordance with God's will. This form of participation is not an optional possibility for lay people or for the Church itself. In addition, the lay faithful may play a range of parts within the Church community, such as an advisory role.

Keywords: Church, Synodality, Mission.

1. INTRODUCCIÓN

Han suscitado gran interés las consideraciones del papa Francisco en su discurso de 17 de octubre de 2015, con ocasión de la conmemoración del Motu Proprio *Apostolica sollicitudo*, con el que el beato Pablo VI creaba el Sínodo de los Obispos en 1965. En otras cosas, Francisco decía: «el camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio». Ya en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* de 2013, manifestaba el deseo de estimular los procesos participativos «siguiendo el ideal de las primeras comunidades, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma (Hch 4,32)» (n. 31).

Es tradicional hablar de sinodalidad en relación con la actividad de los obispos reunidos en concilios y sínodos particulares¹. Por esa razón, en las últimas décadas el estudio de la sinodalidad se ha concentrado en torno al ejercicio del ministerio episcopal, y sus configuraciones históricas, especialmente en las conferencias episcopales. También se ha prestado atención a las instituciones de colaboración entre el obispo y los presbíteros en las Iglesias locales (consejos presbiterales, colegio de consultores, etc.). Sin embargo, la mayor novedad –sobre la que nos centraremos aquí– es que el término “sinodalidad” ha dilatado actualmente su campo semántico, para designar una cualidad de la Iglesia entera. En el discurso citado el papa Francisco la designa como una “dimensión constitutiva” de la Iglesia. Así pues, hablar de Iglesia sinodal es considerar la naturaleza de la Iglesia bajo una determinada formalidad *o ratio sub qua*, a saber, bajo la perspectiva de la comunión dinámica que es esencial en su etapa terrena. En este sentido se cita la célebre frase de san Juan Crisóstomo: «Iglesia y Sínodo son sinónimos»². La Iglesia es el “nosotros” cristiano, un “ser juntos” en virtud de la igual condición de “todos” los fieles, de entre los cuales “algunos”, los pastores, presiden la fraternidad. Esta forma de ser reclama, como su trasunto operativo –*agere sequitur esse*–, un “caminar juntos” (*syn-bodos*) bajo la guía de quien preside en el Señor. La sinodalidad ecle-

¹ En esa línea se sitúa E. CORECCO, «Sinodalidad», en G. BARBAGLIO – S. DIANICH (dirs.), *Nuevo Diccionario de Teología*, Cristiandad, Madrid 1982, t. II, 1644-1673: «La sinodalidad, siendo la dimensión operativa de la *communio ecclesiarum*, se realiza en sentido propio sólo en el ejercicio del ministerio episcopal», y sólo análogamente se aplicaría a la actividad de los laicos en las instituciones sinodales, *ibid.*, 1671. De modo similar W. AYMANS, *Das synodale Element in der Kirchenverfassung*, Hueber, München 1970.

² *Explicatio in Ps.* 149: PG 55, 493.

sial es un modo de actuar que implica a todo el Pueblo de Dios (e incluye en su seno la sinodalidad específica de los pastores)³.

El Concilio Vaticano II no utilizó el término sinodalidad como modo de actuación referido a todo el Pueblo de Dios. Su preocupación, como ilustra el cap. III de *Lumen Gentium*, era clarificar la relación entre episcopado y primado, en orden a completar el magisterio del Concilio Vaticano I. La sinodalidad no fue un tema tratado formalmente como tal. No obstante, el concilio señaló su contenido sustancial en varios lugares. Entre otros, señalemos un texto significativo: «Aun cuando algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos doctores, dispensadores de los misterios y pastores para los demás, existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo. La *distinción* que el Señor estableció entre los sagrados ministros y el resto del Pueblo de Dios lleva consigo la *unión*, ya que los Pastores y los demás fieles están vinculados entre sí por recíproca necesidad» (LG 32). Es importante advertir que esta necesaria reciprocidad de fieles y pastores, en complementariedad de funciones, desborda las formas institucionales jurídicamente reguladas, porque es la manera connatural de operatividad en la Iglesia. Basta observar que tiene su fuente y expresión originaria en la celebración eucarística, como ha explicado Gilles Routhier detalladamente⁴.

2. LA IGLESIA ES UNA «COMUNIÓN ORGÁNICA»

Como es sabido, la teología y praxis católica de los últimos siglos acentuaba la distinción entre pastores y fieles, como reacción ante el pensamiento protestante, y su afirmación de una igualdad indistinta de todos los bautizados. Se explica así la escasa referencia, en la teología y en el magisterio previo al

³ «La sinodalidad por tanto encierra pretensiones de globalidad. No consiste sólo en realizar determinados actos (llamados sínodos o concilios) sino en hacer que esos actos sean expresión del ser de la Iglesia y que en consecuencia no se pueda hablar del ser de la Iglesia al margen de un modo concreto de actuar por parte de los sujetos eclesiales (...). Es significativa la reflexión que se ha producido desde los primeros estudios o análisis al respecto (Aymans, Corecco): la sinodalidad (o conciliaridad) en sentido estricto correspondería tan solo a los obispos y encontraría su paradigma en el concilio ecuménico: a nivel de presbíteros o laicos se podría hablar de sinodalidad en sentido débil (por analogía) (...). Paulatinamente la sinodalidad iría siendo vista como la forma que invade la vida entera de las Iglesias concretas» (E. BUENO, *La búsqueda de la figura de la Iglesia como lógica interna de la eclesiología posconciliar*, Revista Española de Teología 57 [1997] 259-260).

⁴ Vid. G. ROUTHIER, *La synodalité dans l'Eglise locale*, Scripta theologica 48 (2016) 687-706.

Concilio Vaticano II, a la idea de común vocación cristiana. Al tensar la diferencia entre clero y laicos, era inevitable ofrecer una imagen de la Iglesia como institución piramidal dividida en sectores: la *ecclesia docens*, depositaria de las funciones y de la autoridad, y la *ecclesia discens*, formada por súbditos subordinados al clero, sobre el que recaería la titularidad de la misión, y al que los simples bautizados podían «auxiliar», pero sin una responsabilidad propia.

El Concilio Vaticano II superó esta imagen de Iglesia como *societas inaequalium*. Considera la Iglesia como la totalidad de los fieles, en igualdad radical y común dignidad, partícipes del sacerdocio común y del *triplex munus* salvífico de Cristo, con la consiguiente llamada universal a la santidad y al apostolado. El sujeto de la misión es el Pueblo de Dios, y en su interior la jerarquía cumple un servicio esencial para que todos a su modo –fieles y ministros– desplieguen su condición cristiana. Hay en la Iglesia –afirma el Concilio– diversidad de servicios y funciones, pero unidad de misión (cfr. AA 2).

La eclesiología y el magisterio posteriores han tomado buena nota de esta enseñanza conciliar, de modo que actualmente todo discurso sobre las funciones en la Iglesia toma como punto de partida la común condición de fiel –el *christifidelis*–, y consiguientemente la comunidad eclesial, en cuyo interior se dan las distinciones y se distribuyen las funciones. «Cuando se habla de distinciones en la Iglesia, la dinámica del discurso debe ser ésta: unidad-distinción-comunión»⁵. «La comunión eclesial –en palabras de san Juan Pablo II– se configura (...) como comunión orgánica, análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En efecto, está caracterizada por la simultánea presencia de la *diversidad* y de la *complementariedad* de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades»⁶.

Así pues, todos los fieles, en virtud del bautismo, llevan a cabo la misión desde su posición orgánica en la Iglesia. Esta “organicidad” hunde sus raíces en el Sacerdocio de Cristo, el Ungido como Sacerdote, Profeta y Rey. Cristo, mediante la unción de su Espíritu (cfr. PO 2), consagra a cuantos llama y congrega en la Iglesia, enviándolos a la misión en el mundo. La Iglesia es toda ella pueblo sacerdotal en virtud de la consagración-misión que acontece en los sacramentos del bautismo y la confirmación, y en el sacramento del orden. De modo que el sacerdocio de la Iglesia se constituye como tal según la doble mo-

⁵ P. RODRÍGUEZ, *La cuestión de las leyes imperfectas. La función de Pastores y laicos según la Doctrina social de la Iglesia*, Scripta theologica 28 (1996) 405.

⁶ Exh. apost. *Christifideles laici*, n. 20.

dadidad del sacerdocio común de los fieles y del sacerdocio ministerial. Ambas formas son esencialmente distintas y están recíprocamente referidas (*ad invicem ordinantur*, LG 10). El sacerdocio ministerial existe en función del común, y el común requiere la acción de Cristo en su Cuerpo mediante el sacerdocio ministerial. Esta ordenación mutua hace de la Iglesia una «comunidad sacerdotal de índole sagrada y orgánicamente estructurada» (LG 11).

La reciprocidad entre ambos modos de participar del Sacerdocio implica a su vez la doble manera, común y ministerial, de constituirse en la Iglesia las funciones salvíficas de Cristo, profética, cultural y regia. «A los Apóstoles y sus sucesores les confirió Cristo la función de enseñar, santificar y gobernar en su propio nombre y autoridad. Pero también los laicos, partícipes de la función sacerdotal, profética y real del Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde en la misión de todo el pueblo de Dios» (AA 2). Los Pastores son «maestros de la doctrina, sacerdotes del culto, y ministros de gobierno» (LG 20); pero lo son orgánicamente situados en el interior de una Iglesia donde todos están llamados a ejercer la consagración sacerdotal en la celebración sacramental y en la existencia diaria (cfr. LG 11.34); todos están llamados a dar testimonio y anunciar la fe (cfr. LG 11.35); todos están llamados a extender el Reino de Cristo (cfr. LG 36). Así pues, fieles y pastores se relacionan constitutivamente en orden a la misión, para que la Iglesia-sacramento sirva a la acción salvífica de Cristo.

3. LA MISIÓN SE REALIZA EN «INTERACCIÓN ORGÁNICA»

La sinodalidad eclesial puede definirse como la puesta en acto de esta interacción orgánica de fieles y pastores, en su unidad y diferencia.

Interesa observar que el Concilio, al describir la tarea de los pastores, subraya su ordenación a los fieles. «Los ministros que poseen la sagrada potestad están al servicio de sus hermanos, a fin de que todos cuantos son miembros del Pueblo de Dios y gozan por tanto de la dignidad cristiana tiendan todos libre y ordenadamente a un mismo fin y lleguen a la salvación» (LG 18). «Saben bien los pastores que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo, sino que su eminente función consiste en apacentar a los fieles, y reconocer sus servicios y carismas de tal suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común» (LG 30). No son los fieles quienes “auxilian” a los pastores; son éstos más bien los auxiliares necesarios de los fieles, mediante el ministerio de la

Palabra y de los Sacramentos, y con la promoción de sus servicios y carismas, en orden a que desplieguen toda la potencialidad de su vocación y misión.

Por su parte, los fieles –y nos referimos ahora a los laicos, que constituyen la mayoría de los cristianos– “cooperan en la obra común” de dos modos, correlativos con su doble condición de fieles y de laicos.

a) Como la vida de la Iglesia y sus tareas no son exclusiva competencia del clero, los laicos, *en cuanto fieles*, llevan a cabo variados servicios en el ámbito de la Palabra y de los sacramentos, o en el cuidado de la comunidad. Estos servicios suelen englobarse bajo el epígrafe de “ministerios laicales”. Esta expresión no es exacta, pues se trata de servicios abiertos a todos los fieles (también a los religiosos). Además, el plural “ministerios” parece invitar a connumerar como uno más entre ellos al ministerio ordenado, con el riesgo de oscurecer su especificidad. Parece preferible hablar de *servicios comunitarios* de los fieles. Tales servicios pueden ser de dos tipos.

Servicios comunitarios reconocidos, que pueden ser transitorios y puntuales, o estables y regulados por la disciplina de la Iglesia. Los laicos pueden ejercer tales servicios –en forma apropiada a su condición⁷– porque constituyen posibilidades nativas del sacerdocio común en su dimensión cultural (lectorado, acolitado, etc.), profética (catequesis u otras formas de servicio a la Palabra, excluida la homilía) y regia (en consejos parroquiales o diocesanos, etc.). Como el ejercicio de todo servicio en la comunidad ha de realizarse en comunión, basta en estos casos una sencilla legitimación o “reconocimiento” de los pastores.

Servicios comunitarios instituidos son los que implican una colaboración en las responsabilidades de los pastores, y requieren por ello una “institución” o capacitación jurídica, no sacramental⁸. Concretamente, los laicos «pueden ser llamados de diversas maneras a cooperar más directamente (*magis immediate*) con el apostolado de la jerarquía (...) poseen capacidad (*aptitudine gaudent*) para que la Jerarquía los escoja para ciertas funciones eclesísticas orientadas a un fin espiritual» (LG 33). En estos casos el Concilio habla de colaboración con *apostolatu Hierarchiae*, porque son tareas que están «estre-

⁷ Cfr. *Christifideles laici*, n. 23.

⁸ Algunos documentos eclesiales han dado disposiciones prácticas, luego recogidas en la Instrucción *Ecclesia de Mysterio* –firmada por varias Congregaciones– *sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes* (1997). Cfr. CIC cann. 230, § 3; 517, § 2; 861, § 2; 910, § 2; 943; 1112; *Christifideles laici*, n. 23 y nota 72. Vid. C. KOSER, *Cooperación de los laicos con la jerarquía en el apostolado*, en G. BARAÚNA (dir.), *La Iglesia del Vaticano II*, Flors, Barcelona 1966, t. II, 1017-1035.

chamente unidas a los deberes de los pastores» (cfr. AA 24)⁹. Esta colaboración “más inmediata” tiene un carácter de suplencia, de modo que los pastores permanecen titulares de las tareas cuyo ejercicio delegan y dirigen¹⁰.

b) Estas formas de colaboración entre fieles y pastores son necesarias en no pocas situaciones. Pero no deben sustituir la manera propia de llevar a cabo los laicos la misión en y desde el mundo¹¹. Como es sabido, en virtud de su índole secular, el modo de los laicos de “cooperar a la obra común” es tratando y ordenando el mundo según Dios “desde dentro” de las estructuras terrenas (cfr. LG 31). Es importante subrayar que esta actuación de los laicos en el mundo es su forma *eclesial* de cooperar en la misión *en cuanto laicos*. A ellos, dice el Concilio «de manera especial les corresponde *iluminar* y *ordenar* todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor» (LG 31).

c) La palabra *iluminar* alude a la responsabilidad que tienen los laicos de ofrecer, con su palabra y con su vida, “luz” para abordar desde la fe los asuntos en los que su vida está inmersa. Ellos reciben *una peculiar luz de Dios* sobre esas materias. Esa luz se forja en la meditación de la Palabra de Dios y en la oración; supone la escucha de los pastores y exige competencia profesional, técnica y científica acerca de los problemas de la vida humana. De ese modo,

⁹ El CIC contempla, por ej., la colaboración en el ejercicio de la potestad de jurisdicción (cc. 129 y 228); o servicios especiales encomendados a los laicos, de manera temporal o permanente (c. 231). Entre estos servicios algunos son de carácter litúrgico: ministerio extraordinario de la comunión; presidencia de celebraciones no sacramentales (exequias, celebraciones dominicales en ausencia de presbítero); celebraciones del bautismo o asistencia al matrimonio en ciertas circunstancias. Otros servicios se basan en la competencia profesional de los laicos, eventualmente con la remuneración correspondiente, como en el caso de un juez en un tribunal eclesiástico, o de gestores económicos, jurídicos, culturales, artísticos, o de medios de comunicación, u otras formas de colaboración (en las Curias diocesanas, en las Conferencias episcopales, o en la Curia Romana, etc.).

¹⁰ «La función que se ejerce en calidad de suplente, adquiere su legitimación, inmediatamente y formalmente, de la delegación oficial dada por los pastores, y en su concreta actuación es dirigido por la autoridad eclesiástica» (*Christifideles laici*, n. 23).

¹¹ «Por muy importante que sea esa invitación a la colaboración en concreto (...) representa solamente un aspecto parcial de la cooperación posible entre el sacerdote y los laicos en la comunidad, sin que debamos hacer hincapié en ese aspecto parcial (...). La cooperación entre sacerdote y laicos en la comunidad presupone esencialmente el respeto mutuo en sus características propias (...). Un desconocimiento de las funciones propias sería peligroso, tanto para el sacerdote como para el laico. El mutuo respeto y estima muestran claramente que ambos representan a los miembros que sirven a la única Iglesia, cuya cabeza es Cristo» (P. MIKAT, *La colaboración de sacerdotes y laicos en la comunidad*, Concilium 7-10 [1965] 72-73).

dice el Concilio, «Cristo cumple (...) su *munus propheticum* no sólo a través de la jerarquía –que enseña en su nombre y con potestad– sino también a través de los laicos, a los que hace sus testigos y les da el sentido de la fe y la gracia de la palabra» (LG 35). Este oficio profético en los laicos tiene como nota peculiar que está existencialmente unido a su oficio regio, porque la iluminación de las realidades terrenas acontece en los laicos al tratar de “ordenar según Dios” los asuntos que constituyen su vida misma.

d) A los pastores compete, en cambio, «enunciar claramente *los principios* sobre el fin de la creación y sobre el uso de este mundo, y prestar los *auxilios morales y espirituales* para que el orden de las cosas temporales pueda ser instaurado en Cristo» (AA 7). Los pastores estudian esas cuestiones, con frecuencia complejas, pero son los laicos finalmente quienes, con iniciativa, deben idear los medios adecuados para afrontarlas. «De los sacerdotes, los laicos pueden esperar orientación e impulso espiritual. Pero no piensen que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aún graves, que surjan. No es ésta su misión» (GS 43). Lo cual supone el deber de los laicos de formarse una auténtica conciencia cristiana, que es la mediadora insustituible para que las “luces y energías” que provienen del fin salvífico de la Iglesia transformen *desde dentro* las realidades terrenas.

4. LA FUNCIÓN CONSULTIVA DE LOS FIELES LAICOS

Así pues, los laicos tienen una peculiar luz de Dios, «el sentido de la fe y la gracia de la palabra» (LG 35), para configurar el mundo en Cristo. De ahí deriva su *función de consejo* en asuntos seculares.

El n. 37 de *Lumen gentium* exhorta a los pastores a recurrir «gustosamente a su prudente consejo [de los laicos]». De ese modo «ayudados por la experiencia de los laicos, están en condiciones de juzgar con más precisión y objetividad tanto los asuntos espirituales como los temporales, de forma que la Iglesia entera, robustecida por todos sus miembros, cumpla con mayor eficacia su misión en favor de la vida del mundo». Por su parte los laicos «conforme a la ciencia, la competencia y el prestigio que poseen, tienen la facultad, más aún, a veces el deber, de exponer su parecer acerca de los asuntos concernientes al bien de la Iglesia». No es de extrañar, por tanto, que el papa Francisco insista en la necesidad del diálogo entre fieles y pastores. En su discurso conmemorativo del Sínodo de los Obispos, afirmaba que «una Iglesia sinodal

es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que escuchar es más que oír». «El camino sinodal –seguía diciendo Francisco– comienza escuchando al pueblo, que “participa también de la función profética de Cristo”, según un principio muy estimado en la Iglesia del primer milenio: *Quod omnes tangit ab omnibus tractari debet*». En esta escucha todos tienen algo que aprender.

En general, el diálogo es una exigencia de la virtud de la prudencia. Según santo Tomás de Aquino, nadie es suficiente por sí mismo en las cosas que atañen a la prudencia, de donde nace la necesidad de que el gobernante se aconseje, bien sea para un mejor conocimiento de la realidad, bien sea para garantizar una decisión adecuada¹².

Además, el diálogo es, en la Iglesia, una exigencia de la reciprocidad estructural de fieles y pastores de que venimos tratando. No es casual que numerosos textos del Vaticano II caractericen la relación entre pastores y laicos con la categoría de diálogo¹³.

Este intercambio entre pastores y fieles tiene su propia dinámica, cualquiera sea la forma en que se lleve a cabo, espontánea e informal, o bien institucional y regulada jurídicamente. Es un diálogo y consejo gobernado por los principios teológicos de la comunión, a saber, la igualdad común de todos, en virtud de los sacramentos de la iniciación cristiana, y la función jerárquica de algunos, en virtud del sacramento del orden. En este sentido, existe una asimetría entre pastores y fieles, que no separa a unos de otros, pero distingue al pastor como garante de la apostolicidad de la fe. Concretamente los obispos, como sucesores de los apóstoles, son los custodios de la doctrina de la fe (cfr. DV 10; LG 25). Los fieles, en cambio, no son instancia decisoria en cuestiones de fe, y su función sólo consultiva es consecuencia de su posición eclesiológica. Pero considerar esta función de consejo –no decisoria– como una deficiente valoración de los fieles, sería caer en una lógica ajena a la comunión eclesial¹⁴. Con frecuencia se ha señalado que la fuerza teológica del consejo su-

¹² Cfr. S. Th., II-II, q. 49, a. 3 ad 3.

¹³ Cfr. LG 27, 37; CD 16, 28; PO 7, 9; AA 10; *vid.* A. BORRAS, *Délibérer en Église: communion ecclésiale et fidélité évangélique*, Nouvelle Revue Théologique 132 (2010) 177-196. Cfr. LG 12, con referencia a 1 Tes 5,12.19-21; LG 30; AA 33.

¹⁴ «Su función puede aparecer como una reducción indebida de la participación en la gestión del servicio eclesial sólo desde un enfoque mundano incapaz de comprender la fuerza vinculante de la *communio* y del significado constitucional de la sinodalidad eclesial, que no está fundada en la división del poder [como sucede en los ordenamientos civiles], sino sobre el hecho de que la responsabilidad del obispo es indivisible y no puede ser sustituida por la responsabilidad de una mayoría» (E. CORECCO, «Sinodalidad», cit., 1671).

pera su formalidad jurídica. Fieles y pastores no constituyen una instancia unitaria de “co-decisión”, pero el consejo es un elemento del proceso mismo de elaboración de las decisiones de la autoridad¹⁵. La función de consejo de los fieles honra a la vez la capitalidad de los pastores y la cooperación de todos en la obra común¹⁶. Los organismos de participación respetan la estructura eclesial. Una vez pasadas las turbulencias postconciliares, no se corre el riesgo de interpretar la sinodalidad en términos de parlamentarismo democrático.

Por otra parte, la función consultiva en la Iglesia es un testimonio de fe cuya eficacia no cabe medir en términos cuantitativos, porque su finalidad es la búsqueda de la verdad y del bien de la Iglesia. En caso extremo, el testimonio individual de un solo fiel podría tener la fuerza vinculante que deriva de la evidencia intrínseca de la verdad. Además, la búsqueda del consenso y del *convenire in unum* caracteriza la sinodalidad¹⁷. Por eso, en la Iglesia «la sinodalidad no es ni la ley mecánica de la mayoría ni la unanimidad impuesta por el líder, sino un diálogo esforzado por convenir todos hacia la unidad»¹⁸. Naturalmente ello no es posible sin una honda espiritualidad de comunión. «No nos hagamos ilusiones –advertía san Juan Pablo II–: sin ese camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento»¹⁹.

¹⁵ «No es difícil descubrir en los pareceres consultivos un tipo de fuerza que la sola consideración positiva de lo jurídicamente vinculante no es capaz de expresar, y que invariablemente se presenta como elemento integrante del proceso lógico que concluye en la decisión que corresponde al Obispo» (J. I. ARRIETA, *Órganos de participación y corresponsabilidad en la Iglesia diocesana*, *Ius canonicum* 68 [1994] 586).

¹⁶ Concretamente, el principio *quod omnes tangit, ab omnibus approbari debet* no suplanta el principio jerárquico: «Los comentaristas medievales de este principio reservan la decisión a los preladados, mientras que aplicaban la máxima *quod omnes tangit* al voto consultivo del resto de los asistentes» (S. MADRIGAL, *Sínodo es nombre de Iglesia [San Juan Crisóstomo]. Corresponsabilidad, autoridad y participación*, Sal Terrae [2001] 208).

¹⁷ Vid. H. J. SIEBEN, *Consensus, unanimitas und maior pars auf Konzilien, von den Alten Kirche bis zum Ersten Vatikanum*, *Theologie und Philosophie* 67 (1992) 192-229.

¹⁸ J. M. ROVIRA, *Vaticano II: un concilio para el tercer milenio*, BAC, Madrid 1997, 82; cit. por S. MADRIGAL, *Sínodo es nombre...*, cit., 201. Eso explica que, en el ámbito de la sinodalidad episcopal, «la regola della maggioranza, cioè della prevalenza meramente numerica, non sia stata storicamente accettata dalla Chiesa come garanzia assoluta di verità, autenticità e giustizia delle decisioni collegiali (...), al criterio della *maior pars* si affianca quello della *sanior pars*, che non necessariamente coincide con la maggioranza» (O. CONDORELLI, *La sinodalità nel diritto della Chiesa antica*, en L. BALDISSERI [ed.], *Il Sinodo dei Vescovi al servizio di una Chiesa sinodale*, Libreria Editrice Vaticana, Roma 2017, 50).

¹⁹ SAN JUAN PABLO II, Carta apost. *Novo millennio ineunte* (6-I-2001) n. 43.

Esta función consultiva de los fieles no es una mera “ayuda” que se presta coyunturalmente a los pastores, sino un auténtico ejercicio habitual del sacerdocio común y del «sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo» de que habla LG 12. El *sensus fidei* se basa en la comunión sincrónica y diacrónica en la verdad revelada, y por esta razón no se identifica con la categoría sociológica de “opinión pública”²⁰, que es la suma de pareceres subjetivos, al margen de la verdad de su contenido. Menos todavía consiste el *sensus fidei* en la suma de opiniones de los fieles contrapuesta al magisterio de los pastores. En realidad, la función profética de la Iglesia se constituye mediante la interacción del *sensus fidelium* y el *munus docendi* de la jerarquía, cuando «desde los obispos hasta los últimos fieles laicos» se da el consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres. *Sensus fidei* y *munus docendi* se implican como momentos internos del oficio profético de la Iglesia²¹. De una parte, los pastores han recibido «el carisma cierto de la verdad» (cfr. DV 8), y verifican el testimonio de «la fe confiada de una vez para siempre a los santos» (Jd 3; cfr. LG 12). A su vez, los pastores no deben prescindir del *sensus fidei*, de modo que se logre la *singularis Antistitum et fidelium conspiratio* (cfr. DV 10), una singular sinergia entre obispos y fieles en la profesión de la fe recibida, en virtud de la cual la Iglesia «no puede equivocarse al creer» (cfr. LG 12). Esta *conspiratio* es decisiva para la articulación de la sinodalidad eclesial.

5. CONSIDERACIONES FINALES

Como conclusión nos permitimos algunas consideraciones para desarrollar la implicación de pastores y fieles en la línea que señala el papa Francisco.

En primer lugar, las instancias sinodales intermedias, como son los concilios o conferencias episcopales, no parecen ser los ámbitos adecuados para el intercambio habitual entre pastores y laicos. Más bien, el diálogo tiene su lugar primero y originario en las Iglesias locales presididas por los obispos, con la colaboración de los presbíteros. «El primer nivel de ejercicio de la sinodalidad –dice el papa Francisco– se realiza en las Iglesias particulares». Sólo si la

²⁰ Vid. D. VITALI, *Sensus fidelium e opinione pubblica nella Chiesa*, Gregorianum 82 (2001) 689-717; COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El sensus fidei en la vida de la Iglesia*, BAC, Madrid 2014.

²¹ Vid. Ch. OHLY, *Sensus Fidei Fidelium: zur Einordnung des Glaubenssinnes aller Gläubigen in die Communio-Struktur der Kirche im geschichtlichen Spiegel dogmatisch-kanonistischer Erkenntnisse und der Aussagen des II. Vaticanum*, EOS, St. Ottilien 1999.

sinodalidad comienza por la base local, la sinodalidad episcopal –intermedia o la universal– tendrá un fundamento realista.

En segundo lugar, Francisco aspira a «una reforma de la Iglesia en salida misionera» (EG 17). En el contexto de esta Iglesia-en-salida, «el objetivo de estos procesos participativos –añade Francisco– no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos» (EG 31). En otras palabras, la finalidad del diálogo entre pastores y fieles ha de ser ante todo la misión; por tanto, los contenidos del diálogo entre pastores y fieles habrán de evitar la concentración en asuntos intra-eclesiásticos, para centrarse en los temas que afectan a los laicos en su empeño de configuración cristiana de un mundo tocado por la secularización creciente. En otras palabras, en lugar de tener una excesiva preocupación por promover la colaboración de los laicos con los pastores, se trataría más bien de promover la colaboración de los pastores con la misión de los laicos en el mundo. La tradicional auto-referencialidad clerical, que denunciaba Francisco en su carta al card. Ouellet sobre los laicos en el año 2016²², olvida el dato obvio de que la mayoría de quienes constituyen la Iglesia son laicos, y que, en consecuencia, la misión habrá de ser llevada a cabo principalmente por laicos. «Muchas veces –comentaba Francisco en la citada Carta– hemos caído en la tentación de pensar que el laico comprometido es aquel que trabaja en las obras de la Iglesia y/o en las cosas de la parroquia o de la diócesis y poco hemos reflexionado en cómo acompañar a un bautizado en su vida pública y cotidiana; cómo él, en su quehacer cotidiano, con las responsabilidades que tiene se compromete como cristiano en la vida pública. (...) hemos olvidado, descuidado al creyente que muchas veces quema su esperanza en la lucha cotidiana por vivir la fe». De modo que los asuntos que ocupen la agenda de diálogo de los pastores habrán de sintonizar con los problemas y las necesidades de los laicos en su tarea de evangelización del mundo.

Finalmente, este diálogo podrá encauzarse «si las circunstancias lo requieren –decía el Concilio– a través de instituciones establecidas para ello por la Iglesia» (LG 37), como ya sucede en el sínodo diocesano, o en los consejos pastorales, diocesanos y parroquiales, etc.²³ No obstante, si la sinodalidad ha de ser el camino eclesial habitual, no basta remitirse a esas convocatorias ex-

²² Carta del Santo Padre Francisco al cardenal Marc Ouellet, Presidente de la Pontificia Comisión para América latina (19-III-2016).

²³ Vid. J. I. ARRIETA, *Órganos de participación...*, cit., 553-593.

traordinarias y de escasa regularidad. Hay una indicación en *Apostolicam actuositatem* n. 26, poco desarrollada en las décadas posteriores, que abre la posibilidad de convocar lo que el texto llama genéricamente «consejos –diferentes del consejo pastoral de que habla *Christus Dominus* 27–, y que podrían existir en diferentes ámbitos (parroquial, diocesano, inter-parroquial, inter-diocesano, etc.)». El Concilio parece sugerir la creación de espacios de intercambio más o menos informales, variados y flexibles, que no son instancias para la toma de decisiones, y que podrían ser instrumentos eficaces como lugares de diálogo, de información e intercambio de experiencias, «tormentas de ideas o *think tanks*», de los que podrían surgir iniciativas en orden a la misión, y movilizar el espíritu misionero de todos; espacios en los que la colaboración entre pastores y laicos se oriente a la evangelización del mundo, que es la razón de ser de la Iglesia y de toda su organización. Es una posibilidad que valdría la pena indagar y que enriquecería una vida diocesana excesivamente encorvada sobre cuestiones internas. De este modo se podría realizar el deseo del Papa de que cada Iglesia particular, porción de la Iglesia católica bajo la guía de su obispo, también está llamada a la conversión misionera. Ella es el sujeto primario de la evangelización (EG 30).

Bibliografía

- ARRIETA, J. I., *Órganos de participación y corresponsabilidad en la Iglesia diocesana*, Ius canonicum 68 (1994) 553-593.
- AYMANS, W., *Das synodale Element in der Kirchenverfassung*, Hueber, München 1970.
- BORRAS, A., *Délibérer en Église: communion ecclésiale et fidélité évangélique*, Nouvelle Revue Théologique 132 (2010) 177-196.
- BUENO, E., *La búsqueda de la figura de la Iglesia como lógica interna de la eclesiológia posconciliar*, Revista Española de Teología 57 (1997) 243-261.
- COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El sensus fidei en la vida de la Iglesia*, BAC, Madrid 2014.
- CONDORELLI, O., *La sinodalità nel diritto della Chiesa antica*, en L. BALDISSERI (ed.), *Il Sinodo dei Vescovi al servizio di una Chiesa sinodale*, Libreria Editrice Vaticana, Roma 2017.
- CORECCO, E., «Sinodalidad», en G. BARBAGLIO – S. DIANICH (dirs.), *Nuevo Diccionario de Teología*, Cristiandad, Madrid 1982, t. II, 1644-1673.
- KOSER, C., *Cooperación de los laicos con la jerarquía en el apostolado*, en G. BARAÚNA (dir.), *La Iglesia del Vaticano II*, Flors, Barcelona 1966, t. II, 1017-1035.
- MADRIGAL, S., *Sínodo es nombre de Iglesia (San Juan Crisóstomo). Corresponsabilidad, autoridad y participación*, Sal Terrae 89 (2001) 197-212.
- MIKAT, P., *La colaboración de sacerdotes y laicos en la comunidad*, Concilium 7-10 (1965) 64-73.
- OHLY, Ch., *Sensus Fidei Fidelium: zur Einordnung des Glaubenssinnes aller Gläubigen in die Communio-Struktur der Kirche im geschichtlichen Spiegel dogmatisch-kanonistischer Erkenntnisse und der Aussagen des II. Vaticanum*, EOS Verlag, St. Ottilien 1999.
- RODRÍGUEZ, P., *La cuestión de las leyes imperfectas. La función de Pastores y laicos según la Doctrina social de la Iglesia*, Scripta theologica 28 (1996) 399-438.
- ROUTHIER, G., *La synodalité dans l'Église locale*, Studia Canonica 26 (1992) 111-161.
- ROVIRA, J. M., *Vaticano II: un concilio para el tercer milenio*, BAC, Madrid 1997.
- SIEBEN, H. J., *Consensus, unanimitas und maior pars auf Konzilien, von den Alten Kirche bis zum Ersten Vatikanum*, Theologie und Philosophie 67 (1992) 192-229.
- VITALI, D., *Sensus fidelium e opinione pubblica nella Chiesa*, Gregorianum 82 (2001) 689-717.